

Fabienne BRADU, *Damas de corazón*. México, FCE, 1994.

En *Damas de corazón* Fabienne Bradu establece una conversación con el lector en la que da cuenta de algunos acontecimientos en la vida privada y pública de cinco mujeres que conoció directa o indirectamente. Predomina en la escritura el tono de confidencia íntima que priva entre amigas cuando hablan de sus amores, deseos y frustraciones. Las mujeres cuyo retrato nos ofrece la autora en este libro son Consuelo Sunsín, María Asúnsolo, Machila Armida, Nínfa Santos y Lupe Marín. Cinco mujeres que aunque no tuvieron una obra propia relevante, hicieron de su vida misma una creación. Dice la autora:

Cada una, en distintas épocas, fue un polo en la vida cultural del país por el imán de su belleza, por la gracia de sus palabras, por la transgresión que significaba su estilo de vida, porque las animaba una casi nata curiosidad y una apuesta fundamental por la libertad. Todas vivieron de cara a la sociedad, sin otro heroísmo que el de asumir el precio de la libertad (p. 10).

Así, la búsqueda de la libertad y la necesidad de franquear barreras morales y sociales son los rasgos que las unen y que de algún modo explican su inclusión en el libro. Sin embargo, Bradu añade que no son “representativas de ninguna condición femenina” sino singulares y excepcionales, quizás anticipándose a las críticas feministas.

Tras la lectura del libro se puede estar de acuerdo en que la vida de estas mujeres fue singular y excepcional, como la de todo ser humano, pero no se puede dejar de reconocer que en el desarrollo de su vida y en las decisiones que tuvieron que enfrentar se percibe un patrón común en mucho determinado por las normas y valores de los tiempos que les tocó vivir. En ese sentido

al menos tuvieron que remontar las limitaciones impuestas por la sociedad a su “condición femenina”.

Lo primero que llama la atención en el retrato que hace Fabienne Bradu de estas “protagonistas” es que alcanzaron éxito y posición social sin tener una obra propia reconocida. A pesar de que Consuelo Sunsín pintó y escribió una novela, Machila Armida realizó unos *collages* surrealistas, Ninfa Santos escribió un libro de poesía y Lupe Marín publicó dos novelas, ninguna recibió, ni en su tiempo ni después, reconocimiento a su obra artística. Si todavía se les recuerda es porque pudieron dar el salto de la esfera privada a la pública, realizando otras actividades que tuvieron impacto en la sociedad de su época. María Asúnsolo funda una galería para promover la pintura mexicana; Machila Armida se convierte primero en protectora y difusora del arte mexicano y después se dedica a rescatar la alta cocina mexicana; Ninfa Santos organiza tertulias frecuentadas por los artistas y literatos de la época y en su momento ayuda a los disidentes del 68 a conseguir pasaportes, y Lupe Marín se dedica al magisterio.

Por otro lado, y a pesar de estar en el centro de la actividad artística y cultural, siguen cumpliendo tareas que se piensan propias de las mujeres: María Asúnsolo se preocupa por dar de comer a pintores pobres, Machila Armida organiza banquetes para sus amigos, Ninfa Santos teje mantas para sus allegados y Lupe Marín se dedica a la cocina y a la costura. En un sentido general se puede afirmar que la veta creativa presente en todas ellas se vio desplazada hacia actividades que asociamos con lo femenino, como la protección y ayuda a los desvalidos, la alimentación de los seres queridos, en fin, la satisfacción de necesidades en lo público y en lo privado.

El otro aspecto que llama la atención en estos retratos biográficos es que las cinco mujeres aquí presentadas surgieron a la vida, a la fama, y quizás a la libertad, a la sombra de hombres famosos, escritores, pintores, poetas, novelistas. La lista es larga: José Vasconcelos, David A. Siqueiros, Fernando Benítez, Alejo Carpentier, Ermilo Abreu, Jorge Cuesta, Diego Rivera y Antoine de Saint-Exupéry. Para todas ellas el matrimonio fue un salvoconducto, o más aún, un rito de paso a la libertad. Algunas se libraron pronto de ese primer yugo, como Consuelo Sunsín o María Asúnsolo, para asumir la dirección y el control de sus vidas. Otras, como Ninfa Santos, lo sufrieron por largo tiempo, aunque eso no le impidió desarrollar amistades sólidas con otros hombres. Pero en todos los casos se puede decir que deliberadamente buscaron relaciones amorosas con hombres célebres y talentosos para satisfacer sus anhelos de fama y libertad.

Consuelo Sunsín, por ejemplo, confiesa que su destino era “seguir a un hombre grande por la derrota y la fortuna, y aunque fuese tan sólo una amante

o una esclava”; destino que cumplió afanosamente, pues además de ser amante de Vasconcelos fue esposa y viuda de Gómez Carrillo, el novelista mexicano, y de Antoine de Saint-Exupéry. De igual manera, Machila Armida sostuvo largos romances con Fernando Benítez y con Alejo Carpentier. Ermilo Abreu Gómez atrajo a Ninfa Santos por ser escritor y Lupe Marín, según su propio testimonio, abandonó Guadalajara para conocer a Diego Rivera y casarse con él.

Todas ellas buscaron en el hombre, ya fuera marido o amante, la celebridad que les era negada como artistas, aun a costa de su propia creatividad. Envueltas en el aura de sus hombres se convirtieron en el centro de reuniones, tertulias, comidas, a las que asistían los artistas, intelectuales, escritores y políticos más connotados de su tiempo. Sin duda su belleza ejerció un enorme poder de atracción, pero el sitio que alcanzaron revela su capacidad y talento para encontrar la forma de brillar con luz propia dentro de los cauces restringidos que la época les imponía.

Sin embargo, aunque Fabienne Bradu pone especial énfasis en la capacidad de transgresión de cada una de ellas y hace hincapié en la singularidad de sus vidas, el retrato que nos ofrece no escapa a ese estereotipo todavía vigente que hace de las mujeres ángeles o demonios, diosas que exigen adoración o víctimas que piden sacrificio, y no simplemente mujeres de carne y hueso, diversas y complejas como los hombres. En su imagen pública eran mujeres ángeles, infinitamente deseables y aparentemente inalcanzables. En lo privado eran demonios que se entregaban a la satisfacción de los apetitos, como Machila Armida o María Asúnsolo. A lo largo del libro se insiste en la magnitud de su belleza, en el hecho de que fueron las musas que inspiraron a escritores y pintores. María Asúnsolo destaca particularmente por haber sido retratada por casi todos los pintores importantes de su época.

Se insiste también en su condición de “diosas”. Todas ellas presidían su “salón” o su mesa como un altar y se reservaban el derecho de dispensar sus favores a los hombres mortales. Lo que dice Fabienne Bradu de María Asúnsolo se puede aplicar a Machila Armida y a Ninfa Santos: “María se transformaba en una diosa maternal, una tierra fértil y generosa que alimentaba literalmente a sus criaturas con un plato de arroz y el inagotable calor de la amistad” (p. 88).

Diosa muy diferente, pero diosa al fin, es Lupe Marín: la autora se refiere a ella como una “diosa ceñuda e impenetrable [...] que] reinó sobre la creación de una mexicanidad agigantada y colorida, desde el ambiguo trono de la mujer terrenal y la diosa primitiva” (p. 229). El contraste de esta imagen con la anterior se explica mejor si se considera que Lupe Marín es la que más se aparta del patrón que parece dominar la vida de estas mujeres, la que aparece como la más libre, aunque también la más vulnerable. Lupe

Marín efectivamente busca a Diego para casarse con él, pero nunca es la amante sometida, como sí lo fueron en ocasiones Ninfa Santos o Machi-la Armida. Incluso físicamente, su belleza no corresponde a los modelos “femeninos y seductores” de una María Asúnsolo. Su carácter agresivo, volcánico, impulsivo y violento, sus manos enormes, su teatralidad, la hacen ver casi masculina a pesar de su belleza. Ella misma decía ser “una mujer valiente, más hombre que muchos”.

Un tercer aspecto que resulta curioso en las historias que nos cuenta la autora es que poco se habla de la maternidad y de los hijos que tuvieron. No se sabe si por falta de interés de la autora, o porque la maternidad, como en el caso de Lupe Marín, no era importante para ellas; aunque es posible imaginar que la maternidad debe haber representado una fuente de conflictos en la vida sin prejuicios que eligieron vivir.

Una última reflexión sobre la “condición femenina” a la que alude Bradu en la introducción a su libro. Se acepta que la autora no pretende hacer un estudio sobre la condición femenina a partir de sus retratos, pero el recuento biográfico inevitablemente conduce a reflexionar sobre las motivaciones y las circunstancias que llevaron a estas mujeres excepcionales a seguir rutas parecidas en su búsqueda de la libertad y a encarnar, consciente o inconscientemente, y a pesar de su capacidad de transgresión, funciones o figuras que el imaginario colectivo asigna a las mujeres. Ya se dijo que, dadas las condiciones de educación y represión de su época, estas mujeres, y muchas como ellas, optaron por asociarse, como un modo de sobrevivir y sobresalir, a figuras masculinas muy poderosas, monstruos consagrados por una sociedad eminentemente masculina. ¿Podría concluirse que a mujeres como ellas no les quedaba otra salida que vivir vicariamente la fama y la cultura, convirtiéndose en musas y diosas para satisfacer sus ambiciones de vida pública y, al mismo tiempo, al amparo de la fama y la celebridad, alcanzar en su vida privada su anhelo de amor y libertad?

Eva CRUZ YAÑEZ